El fundamentalismo democrático de Ignacio Solares

Leonardo Martínez Carrizales

Diálogo de la historia en la novela

En la "Nota" que aparece al final de la novela ganadora del certamen convocado por *Novedades* y Editorial Diana en 1991, *La noche de Ángeles,* su autor, Ignacio Solares, anuncia que la obra "surgió más de lo simbólicamente verdadero que de lo históricamente exacto [...]". Un párrafo adelante, Solares sigue su elogio de los recursos de la literatura y desestima los de la historia. "Supongo que la ventaja del novelista es que puede llenar con la imaginación los huecos que deja la historia [...]". La querella entre la imaginación literaria y el oficio del historiador, alimentada quizá de modo involuntario por la "Nota" de Ignacio Solares, merece ciertos puntos de reflexión en virtud de la noticia que ofrece sobre los procedimientos del escritor al redactar *La noche de Ángeles,* así como también por su arbitrariedad. La querella habría indignado a los historiadores de la antigüedad grecolatina, de la misma manera que a los miembros más conspicuos de la Escuela de los Anales.

La exactitud es una palabra injusta para hablar de historia. Al menos, una palabra insuficiente. Su dominio designa el trabajo más elemental, las buenas maneras en la mesa del historiador. Edmundo O'Gorman lo dice con la sencillez de un sentido común rigurosamente educado: sin la evidencia del documento no hay historia, pero el documento mismo no es la historia. Luego de practicar la obligada aritmética de su oficio, comienza el vértigo del historiador. Junto a la inteligencia especializada, la imaginación. O para decirlo con palabras que importarán en estos apuntes: después de pagar el arancel de todo gremio, comienza el ejercicio de la pasión humana que justifica la entrega de un individuo al trabajo historiográfico.

El historiador proyecta las inquietudes de su inteligencia, de sus emociones y de su entorno, sobre la materia de estudio. No puede ser de otro modo, lo demás son meras anotaciones al margen de los documentos, o inventarios.

Sin querer admitirlo, Ignacio Solares ha incurrido en procedimientos cercanos a un historiador, a un verdadero historiador. En alguna página de su novela, atribuye a Manuel M. Diéguez las siguientes palabras con motivo de la detención del General Ángeles: "–[...] Quiere [Ángeles] dejarnos su vida y su muerte como uno de sus planes de batalla, perfectamente trazados, y cada trozo con una explicación, para que mañana se pueda leer como se lee un hermoso texto." El comentario atribuido a Diéguez es también el plano de la obra: en *La noche de Ángeles,* Solares no ha hecho otra cosa que articular y mostrar su propia lectura del texto contenido en la vida de Felipe Ángeles. Articulación que no es ajena al historiador. En profundidad, ¿no se trata de la misma tarea?

Por otro lado, la novela de Ignacio Solares se inscribe inmediatamente en los debates contemporáneos sostenidos por la inteligencia profesional en torno de la Revolución Mexicana. Es imposible dejar de atribuir una gran importancia al escenario histórico de *La noche de Ángeles.*

La vida revolucionaria del General Felipe Ángeles recreada por Ignacio Solares en su novela tiene como extremos en el tiempo el desastre del maderismo y las tensiones políticas entre Carranza y los generales sonorenses. El tránsito del espléndido estratega y artillero de la División del Norte a través de la Revolución Mexicana sirve a Solares para sancionar, al menos, dos proyectos o dos actitudes en el movimiento de 1910. La romántica y la clásica, por dar nombre a los bandos de una oposición moral en la definición de un proyecto de convivencia pública para el país. La primera actitud, la de Madero, la de Villa y Zapata, quiso remover la máscara de la vida mexicana y sacar a la luz los hábitos prístinos de la democracia, el reclamo elemental de la tierra y los agravios populares. Separados por los artículos específicos de sus códigos respectivos, los líderes de esta actitud compartieron un hecho definitivo: la derrota. La otra actitud, la de Carranza y la de los vencedores finales de la guerra, construyó la máscara contemporánea de la vida política en nuestro país. Entre una y otra actitud, el fusilamiento del General Felipe Ángeles es una frontera elocuente.

El Felipe Ángeles de Ignacio Solares, aquejado por una tentación moral, resulta una suerte de Bautista de la Revolución: su muda noticia transformada en elocuencia gracias a su fusilamiento determina el fin de un tiempo y el inicio de otro, la urgencia de un regreso a las causas primeras de las armas, y el examen amargo de ocho años de lucha. Adelanto que la anécdota que funda la novela (el General atraviesa el Río Bravo en medio de la oscuridad y de sus pensamientos para reunirse con Villa) adquiere la densidad poética de un infierno clásico o dantesco, pero también frecuenta deliberadamente el martirio cristiano.

El padecimiento trágico que anima al protagonista de la novela denuncia el partido desde el cual Solares interviene en el concilio apasionado de las inteligencias en torno de la Revolución Mexicana. Su lectura moral no sólo indica su simpatía por los románticos de nuestra Revolución y su reproche a las consecuencias del desenlace de los acontecimientos, sino además abre sugerencias invaluables para la afiebrada meditación contemporánea del hecho fundador de la historia mexicana en el siglo XX.

Ficción histórica y ficción política

La estructura anecdótica de *La noche de Ángeles* es la que sigue. El General abandona su exilio en Texas una noche cerrada de 1918, y cruza el Río Bravo en una barca infernal con el propósito de unirse a los jirones de la División del Norte. La breve tra-

En el próximo número
de
Universidad de México
César Vallejo

vesía se hace inmensa en la imaginación y los sentimientos de Felipe Ángeles: recuerda el desastre de Madero, la amargura veloz de su primer exilio en Europa, su regreso a las filas del constitucionalismo, la gloria junto a Villa en Torreón y Zacatecas, la derrota de Celaya, de León, el nuevo exilio; adivina, según el capricho literario de Solares, las condiciones de su regreso con un Villa agotado, su aprehensión y su fusilamiento.

> [...] noche que le parece anterior a todas cuantas vivió, primordial y única. Pozo ciego y barboteante que lo fascina y lo conduce.
>
> En ese sueño, que lo es y no lo es, duermevela que difumina la frontera entre vigilia y dormir, se le agolpan nuevas imágenes, acuciantes, impostergables, reveladoras.

La enorme noche de Ángeles es tan delicada que termina por disolverse. Su mayor virtud no es anecdótica, sino simbólica. También es una suerte de engaste: sobre su cuerpo Ignacio Solares monta los productos de su reflexión, su imaginación y su recuento histórico. En dicho producto, Solares hace suyas las ventajas que ofrece, argumentalmente, el destino trágico del que se ocupa, así como las dimensiones panorámicas de su conflicto con el entorno.

Las operaciones de la inteligencia de Ignacio Solares practicadas sobre su materia de trabajo se revelan en las inflexiones de su lenguaje. Las voces gramaticales que se alternan en *La noche de Ángeles* cumplen con exponer la serie de acontecimientos que constituyen la narración, así como la reflexión en torno de esa misma serie. Solares parece querer enunciar su novela por medio de interrogaciones, de dudas, de preteribles reveladores. De ahí esa suerte de juicio nocturno en una barcaza instruido por la voz narrativa a Felipe Ángeles.

Junto a la imaginación literaria, Ignacio Solares ha practicado el ensayo. Sus páginas pertenecen menos a la ficción histórica que a la ficción política. Me refiero a la postulación, en el terreno de la literatura, de una crítica de los acontecimientos, de las ideas y de las actitudes vitales involucradas en los materiales históricos. Me refiero también a una postulación no menos necesaria en cualquier ficción política perdurable: la de las inquietudes que habitan los días del autor. ◊

Ignacio Solares. *La noche de Ángeles*. Editorial Diana, 1991, 188 pp.

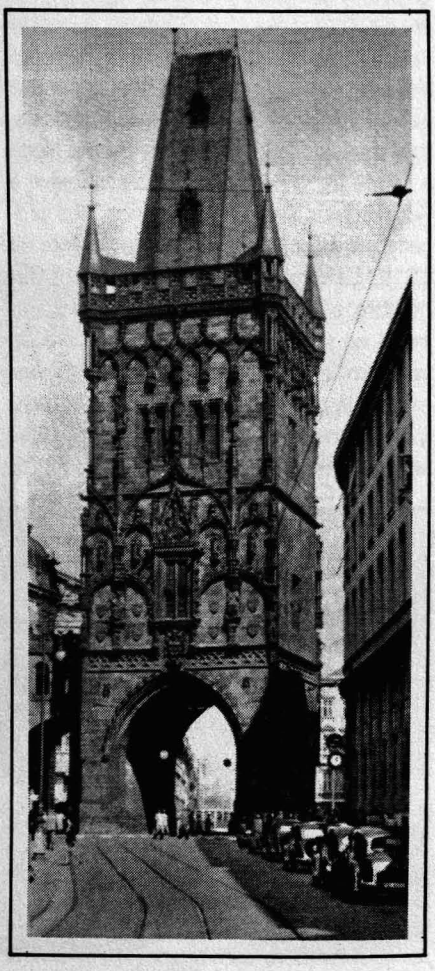
Un hombre solitario

Julio Patán

La "ruidosa soledad" del título es la de Hanta, encargado desde hace ya treinta y cinco años de poner en funcionamiento una inmensa máquina prensadora en algún subterráneo de Praga.

Hanta es, en efecto, un hombre solitario. Su trabajo le obliga a ensamblar grandes fardos de papel viejo que habrá de convertirse en materia reciclable. Sus contactos con el hombre se limitan a las peleas con su jefe y a la convivencia esporádica con dos prostitutas gitanas: Hanta vive en y por el papel. Y es que, pese a todo, es feliz.

El trabajo entre libros (los libros son las principales víctimas de la prensadora) ha hecho de Hanta un hombre –él suele decirlo– culto. Ha leído a Hegel, a los clásicos griegos y a Lao Tse, a Nietzsche, a Camus y a Sartre, y ahora está convencido de que la vida nace de la destrucción, y de que el vértigo es inmanente al hecho de existir, y de que la paciencia y la resignación han de ser, por lo tanto, patrones de vida y paliativos de la pérdida. Por eso es feliz en su trabajo; por eso es capaz de condenar a la destrucción a tantos libros y de resignarse a salvar sólo unos pocos; por eso –plausiblemente– puede vivir sin el hombre.



Hanta tiene dos claros antecedentes literarios en el Mersault de *El extranjero* de Camus, y en Kien, el solitario erudito retratado por Canetti en *Auto de fe;* comparte, por lo menos, la apatía moral del primero y la soledad bibliófila del segundo. Hay que reconocer, sin embargo, que la originalidad no parece ser la inquietud primera de Hrabal. No podría ser de otra forma: hay pocas cosas tan ajenas a la aridez existencial de Hanta como el ímpetu de un amante de las revoluciones literarias. *Una soledad demasiado ruidosa* es una novela tan quieta como la vida de su personaje: cualquier sensación de movilidad la destruiría del mismo modo en que la vida de Hanta termina cuando deja de poder ser rutinaria; su principal virtud está, precisamente, en la capacidad de su autor para impregnar cada momento del texto con una atmósfera de monotonía y desinterés francamente desoladora, sin duda compatible con el hombre que la padece. Si Hrabal tenía intenciones de transmitir aburrimiento al lector, *Una soledad demasiado ruidosa* debe considerarse un éxito.

convertirse en uno. La insensibilidad que priva en su ser social es, en definitiva, un poco menos triste que el contexto que le ha dado cabida. Históricamente, es víctima de la Segunda Guerra Mundial y –hecho siempre expresado de una forma más sutil– del gobierno comunista checo; vivencialmente, de la incomunicación, propia y ajena.

Hrabal (Brno, Checoslovaquia, 1914) fue, en su momento, víctima de las prohibiciones gubernamentales de su país. Su obra novelística es, no obstante, de una respetable amplitud. Incluye, además de la obra que nos ocupa, *Trenes rigurosamente vigilados* y *Yo que he servido al rey de Inglaterra,* también editada en español. ◊

Bohumil Hrabal: *Una soledad demasiado ruidosa* Traducción de Mónika Zgustova. Ediciones Destino, colección "Ancora y Delfín", vol. 647. México, 1991, 160 páginas.